

## Introducción

A primera vista, el título del presente libro puede sugerir una cierta contradicción, ya que Roma era una ciudad latina. Así lo afirmaban los antiguos, según se desprende de las palabras que Livio pone en boca del rey romano Tarquinio el Soberbio y en las que implícitamente se incluye su propia ciudad: *cum omnes Latini ab Alba oriundi sint*<sup>1</sup>. La cualidad de Roma como miembro del *nomen Latinum* es un hecho que no ofrece duda alguna. Sin embargo, y salvo contadísimas excepciones, cuando las fuentes mencionan el término *Latini* se refieren al conjunto de los latinos con exclusión de Roma. En palabras de F.W. Walbank, «whether Latium and Rome together could ever have involved into a nation is, however, a question not easily answered, especially in view of the uncertainty which surrounds the early relations of Rome with the Latins»<sup>2</sup>. Latinos y romanos parecen definir entonces dos conceptos diferentes, y así se deja sentir en el texto de Livio al referirse a las buenas relaciones existentes entre unos y otros en los años que median entre la batalla de Regilo y la firma del tratado con los latinos: *Nunquam alias ante publice privatimque Latinum nomen Romano imperio coniunctius fuit*<sup>3</sup>.

La actitud de Roma hacia los latinos no está exenta de ambigüedad. Por una parte se reconoce de forma explícita la comunidad de origen y cultura, de lo cual es clara muestra la participación en las *feriae Latinae*, de las que Roma llegó a ocupar la presidencia permanentemente desde la primera mitad

<sup>1</sup> Liv. 1.52.2.

<sup>2</sup> Walbank 1972, 150.

<sup>3</sup> Liv. 2.22.7

del siglo V. Pero por otra parte, de la lectura de las fuentes se deduce una relación de hostilidad, sobre todo de Roma hacia los latinos. Si hacemos caso de cuanto dicen los antiguos, esta oposición tiene su punto de partida en los mismos comienzos de Roma, ya durante el reinado de Rómulo, a quien por su condición de primer rey, también se le concedía el inicio del expansionismo romano<sup>4</sup>. Y ciertamente la idea de imponer su propia hegemonía era alimentada en Roma ya desde la época monárquica, en el siglo VI, y salvo en los sesenta años de mayor intensidad en la guerra contra volscos y ecuos, no cesó de intentar aplicarla hasta el total sometimiento del Lacio.

Recientemente A.M. Eckestein afirma que ante la ausencia de un derecho internacional, la agresividad no era exclusiva de Roma, sino que por estar vinculada a la supervivencia, llega a ser una actitud generalizada en Italia. Por tanto, los pueblos a los que se enfrentó Roma con anterioridad al año 340 eran militaristas, guerreros y agresivos, y concluye: «The point is not to deny the intense militarism of Rome itself... Rather the thesis is that Roman expansion was not merely a matter of unilateral Roman aggression»<sup>5</sup>. Eckestein declara no estar en absoluta oposición a la idea del imperialismo romano defendida por W.V. Harris, quien destaca la agresividad como uno de los rasgos distintivos de la expansión territorial de Roma<sup>6</sup>, pero al extender a otras sociedades los principios aplicados por el propio Harris, llega a la conclusión de que la agresividad era una política ampliamente practicada en el Mediterráneo. Sin embargo, si se revisa con detenimiento la historia de la República romana en su primer siglo y medio de existencia, la interpretación de Eckestein no encuentra fácil acomodo.

Es evidente que una actitud agresiva se observa en el comportamiento de sabinos, volscos y ecuos, especialmente estos últimos, en cuanto que la *razzia* es su forma habitual de guerra y fuente de enriquecimiento. En este caso sí está permitido afirmar que la agresividad se encuentra relacionada con la supervivencia. Pero no sucede lo mismo con los latinos, los hérnicos o la etrusca Veyes, a los que Roma se enfrentó en este período. Ciertamente latinos y hérnicos debieron alcanzar un elevado nivel de militarismo, consecuencia de

<sup>4</sup> Cf. Alföldi 1965, 101: «If we believe the annalists, Rome was mistress of the Latins since the hour of her birth».

<sup>5</sup> Eckestein 2006, 3 ss., 118 s. (cita en p. 119).

<sup>6</sup> Harris 1979. Esta idea impregna gran parte de la obra, pero en momentos el autor analiza con acierto aspectos muy significativos de la actitud romana hacia la guerra, como por ejemplo la ferocidad y brutalidad del ejército (pp. 50 ss.). Sobre esta cuestión es asimismo provechoso Ziolkowski 1993.

una situación continua de guerra. Pero esta energía no era utilizada con una finalidad expansiva, sino sobre todo defensiva y en algún caso con el objetivo de recuperar para la latinidad algunas ciudades que en origen habían sido latinas y después dominadas por los volscos, como sucedió por ejemplo con Circeii. Únicamente al final del período que interesa se puede observar cierta actitud agresiva por parte de los latinos: así podría deducirse de los hechos sucedidos en el año 343, cuando deciden atacar a los pelignos<sup>7</sup>. El caso de Roma es muy diferente. Es cierto que su belicosidad se dirige en primera instancia hacia el enemigo común, volscos y ecuos, pero desde el momento en que este último deja de representar una amenaza, no duda en volver sus armas contra sus vecinos y aliados con el fin de incrementar sus propios recursos. El presente libro tratará de demostrar de una manera amplia este hecho, así como la incapacidad de los latinos para oponer una resistencia eficaz. La pregunta que inevitablemente se plantea al final es cuándo la agresividad se transforma en imperialismo.

De todos es sabido que las relaciones entre Roma y los latinos no constituye un tema novedoso. Se puede encontrar un tratamiento amplio y detallado en los grandes tratados de historia romana, ya en los mismos inicios de la moderna crítica histórica, en las obras de B.G. Niebuhr, Th. Mommsen y A. Schwegler, y en fechas más recientes, entre muchas otras, en las de G. De Sanctis, K.J. Beloch y en los capítulos de la *Cambridge Ancient History* redactados por H. Last y T.J. Cornell en la primera y segunda edición respectivamente. Tampoco faltan monografías específicas que han tratado el asunto desde diferentes perspectivas, como las de M. Zoeller, A. Alföldi, P. Catalano y A. Bernardi. No es mi intención ofrecer un estado de la cuestión, así como tampoco una actualización de los conocimientos, pero sí proporcionar una visión diferente que puede conducir a conclusiones hasta ahora no tenidas lo suficientemente en cuenta.

Esta obra se basa en anteriores trabajos<sup>8</sup>, centrados en aspectos particulares, que han sido trasladados a estas páginas, en ocasiones *verbum pro verbo*, de lo cual me excuso, si bien el texto ha sido modificado y corregido. Su rea-

<sup>7</sup> Liv. 7.38.1.

<sup>8</sup> Observaciones sobre el origen de la liga latina, *MediterrAnt*, 15, 2012, 409-424; Los *Aphrodisia* de Lavinium y Ardea: ¿santuarios federales latinos?, *Hormos*, 4, 2012, 36-43; Los latinos y los reyes de Roma, *Orizzonti*, 14, 2013, 11-20; Ardea, Sutrium y Nepes: tres casos de colonización interna, *Gerión*, 32, 2014, 125-136; Las llamadas *priscae Latinae coloniae*. Sobre la primitiva colonización romana y latina, *PoIAnt*, 4, 2014, 121-144; Los santuarios federales latinos, *RBPhH*, 92, 2014, 41-56.

lización ha sido posible gracias a la ayuda proporcionada por los proyectos de investigación HAR2011-24193, del plan nacional, y HUM-696, de la Junta de Andalucía, así como a sucesivas estancias en la Università degli Studi di Roma La Sapienza, en la École Normale Supérieure de Paris y en la Ruprecht Karls Universität de Heidelberg. Mi agradecimiento a los profs. Gian-Luca Gregori, Dominique Briquel y Christian Witschel por su hospitalidad y las facilidades prestadas para culminar el trabajo.